



*Pearl S. Buck*

*Las tres hijas de madame Liang*

En plena Revolución Cultural, uno de los periodos más convulsos del régimen comunista de Mao, *madame* Liang regenta en Shanghai un restaurante en el que ofrece a una selecta clientela, de ricos comerciantes y mandatarios del gobierno, los platos más delicados. Frente a las consignas de los Guardias Rojos y la supuesta austeridad del régimen, continúa ocupándose de su trabajo y de sus tres hijas, Grace, Joy y Mercy, que estudian en Estados Unidos. A través de las peripecias que componen el argumento el lector contemplará dos mundos paralelos pero muy distintos: la China eterna y la China revolucionaria.

La Senda que puede trazarse no es la Senda Eterna.

El Nombre que puede nombrarse no es el Nombre Eterno.

(Palabras iniciales del «Tao Té Ching»).

Era más de medianoche. *Madame* Liang dejó a un lado el pincel con que escribía y cerró el cuaderno de contabilidad. La casa estaba en silencio. Abajo, en el restaurante, los clientes se habían marchado, a excepción de unos cuantos que, reacios, no se irían hasta que las luces vacilaran y se apagaran. Se levantó de la silla de ébano tallada, a juego con el enorme escritorio chino que en un tiempo perteneciera a su padre en su distante provincia natal donde pasó su infancia, y se acercó a la ventana. Las cortinas de raso rojo, hasta el suelo, estaban corridas y no las descorrió. Aunque estaba segura en su privilegiada posición de dueña del más elegante restaurante del moderno Shanghai, no hubiera sido prudente, no obstante, el que su silueta se destacara al contraluz. Nunca se sabía dónde podía ocultarse el enemigo. Demasiadas personas sentían celos de la famosa *madame* Liang que conseguía, nadie sabía cómo, mantener abierto un restaurante cuyo menú diario constaba de los más exquisitos platos para sibaritas. Los cargos públicos más elevados, los comerciantes más ricos, los más altos oficiales del ejército, se contaban entre sus mecenas. Todos eran amigos suyos, o al menos sus clientes. Serena, al parecer imperturbable ante los acontecimientos políticos, entraba y salía como quería. Inevitablemente había quienes la odiaban, porque la envidiaban. Por ello se deslizó tras la cortina y, a su sombra, abrió la ventana.

El aire era suave ante el verano que se aproximaba y un aroma de jazmín ascendía de los jardines. La casa había pertenecido en un tiempo a un rico hombre de negocios americano y a su familia, que habían sido sus amigos.

Cuando le confiscaron y cerraron su negocio de importación y exportación, obligándole a volver con los suyos a los Estados Unidos, *madame* compró la casa y los jardines, situados en lo que había sido la Concesión Británica. Muchos americanos habían vivido en las concesiones francesa y británica de Shanghai, pues nunca habían tenido concesiones de terreno de su propiedad. En los días anteriores al comunismo *madame* Liang había hecho amistad con algunos americanos y, como le gustaban, envió a sus tres hijas a que se educaran en América. Ahora, claro está, no quedaban americanos en China, y toda una generación de jóvenes chinos crecía sin haber visto una cara u oído una voz americana. Sólo escuchaban palabras de odio contra un pueblo que, en opinión de ella, había sido el menos odioso de los pueblos occidentales. De todos los blancos, sólo los americanos no se habían apoderado de tierras chinas ni habían impuesto crueldades.

Suspiró al recordar a la alegre e impulsiva familia que en un tiempo viviera en la casa: el señor Brandon, su esposa y sus cinco hijos. ¡Cómo habían amado a China! ¡Tanto, que habían amueblado la casa con muebles chinos, colgando de las paredes pergaminos y pinturas chinas! De pronto se les obligó a marchar, y ella tuvo que ir, apresurada y sigilosamente, a despedirles. La señora Brandon lloró, apoyada en su hombro.

—¡Oh, *madame* Liang! ¿Nos dejarán volver algún día?

Rodeó con sus brazos a la americana, pero sin responder. ¿Cómo decirle «No volverán nunca»? Así que nada dijo, y los años fueron pasando, cada uno un poco más difícil que el anterior. Pero había enviado a sus hijas con los Brandon, y a veces...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por Chou Ma, su anciana y fiel sirvienta.

—Señora, ¿por qué se acerca a la ventana? Las cortinas no pueden ocultarla. ¡No, no! Señora, yo misma salí a la calle y vi su forma con mis propios ojos, ¡su sombra!

—Pero al menos nadie sabe que la forma y la sombra son mías.

Pese a todo, salió de detrás de la cortina, y dejó que las manos habituadas de Chou Ma la desvistieran, como preparación para el baño.

—Todos la conocen —replicó Chou Ma— y, ¿quién tiene una figura como la suya? Desde luego les consta que no es la mía y, ¿quién vive en este piso excepto nosotras? ¡Esos malditos lo saben todo!

—No debes insultarles —reprendió *madame Liang*—. Recuerda que son mis clientes. Y ahora no tengo otros.

—Vivimos entre leones y tigres —asintió la sirvienta con quejumbrosa voz.

—Ten cuidado de cómo hablas —mandó *madame Liang*.

Así pues, en silencio Chou Ma despojó su delgado cuerpo color crema de la última prenda de seda, admirando en silencio la estructura de finos huesos, los pequeños y redondos senos, la exquisita delicadeza de la nuca.

—El baño está listo. Le prepararé la cama mientras se lava y luego le cepillaré el pelo.

*Madame Liang* cruzó la habitación hasta el baño. Era una de las pocas, muy pocas personas que aún tenían las comodidades de antaño. Y debía estar agradecida por ello a su esposo, Liang Cheng, a quien había abandonado años atrás. Había sido amigo y seguidor de Sun Yat-Sen, el gran revolucionario y, a los ojos de las nuevas gentes, ella seguía siendo respetada como su esposa, lo que era en realidad, ya que nunca se tomó la molestia de divorciarse legalmente. Pero también tenía que agradecer su seguridad presente a su propio éxito. Los nuevos dirigentes eran chinos, es decir, sibaritas en el comedor. En estos tiempos duros, no era fácil encontrar las tradicionales exquisiteces, el pescado de río de carne blanda, el pato pekinés bien cebado, el jamón de Chinkiang, la sopa de mijo del Norte y los bollitos ahumados, rellenos de cerdo sazonado o con azúcar mo-

reno. Por fortuna, el cocinero permanecía con ella a través de guerras y gobiernos.

La bañera, un recipiente redondo de porcelana, tan grande como una piscina pequeña, una bañera de Soochow, estaba llena hasta el borde de agua caliente. Entró en ella y, sentándose en la postura de Buda, se hundió hasta los hombros en el calor agradable. Agradecía a los ingenieros y fontaneros americanos el que hubieran montado entre los espesos muros de la casa las comodidades de agua y calor, y no tenía sentido alguno de culpabilidad ante los placeres. Mientras escuchaba en dócil silencio charlas vocingleras e interminables acerca de autosacrificios e igualdad, prefería seguir creyendo en privado, como sus padres confucianos la enseñaran, que la vida se había hecho para gozar de ella, aunque dentro de los límites de las cinco relaciones humanas y que, la igualdad, no era sino el sueño de los inferiores. Había personas tontas, otras no tan tontas, y unas pocas que nada tenían de ello. Ningún gobierno podría alterar esta verdad eterna.

—¡Señora! —llamó Chou Ma—. ¡Oigo pasos!

—Yo no oigo nada —respondió *madame* Liang, volviendo la cabeza para escuchar—. ¿Están las puertas cerradas?

—¿Acaso dejo alguna vez puertas abiertas? —La voz de Chou Ma contenía un reproche.

—Ve y escucha.

*Madame* Liang, empero, salió de la bañera, secándose con cuidado. Luego perfumó su cuerpo con aceite de gardenia. Su carne, tan perfumada durante muchos años, había absorbido la fragancia, hasta llegar a moverse en su atmósfera. Hacía tiempo, siendo una novia en una provincia lejana, se perfumó así para su noche de bodas. No eran desconocidos, ella y el impetuoso joven con quien había elegido casarse. Sí, ella le eligió en aquellos días en que juntos estudiaban en la Sorbona, en París, y juntos se convirtieron en seguidores de Sun Yat-Sen. Juntos volvieron a Pekín para decirle que querían unirse a la revolución.

—¡Qué haría yo sin Liang! —comentó más tarde Sun cuando le anunciaron su decisión de casarse—. Y tú, tú eres la esposa que yo habría elegido para él. Eres fuerte... y él... bueno, ¡tiene demasiada generosidad de corazón!

Y volviendo el rostro llamó a un sirviente para que fuera a buscar a la bella joven con la que él mismo acababa de casarse. Cuando hubo entrado le dijo:

—Estos dos van a contraer matrimonio. Se aman al estilo moderno. Hacen muy buena pareja. Él es fuego y ella es la tierra.

Aquel mismo día *madame* Liang había sentido temor por la muerte de Sun; la piel pegada a los huesos, sin carne, los negros ojos hundidos en profundas cuencas. Estaba devorado por cáncer de hígado y tres meses después moriría, rebelde y sin perdonar al destino que le condenaba antes de que su tarea hubiese acabado. Tal vez él también lo había notado aquel día, pues había tomado las manos de ella juntándolas con las de Liang Cheng y las suyas propias.

—Llevad adelante la revolución —les ordenó—. Tanto si vivo como si muero, confío en vosotros para que prosigáis lo que he empezado.

Para el día de la boda había muerto. Fue una boda al estilo antiguo, pues ella y Chang volvieron a sus respectivas familias, la de ella en Nanking, la antigua capital en la rica provincia de Kiangsu, la de él en Pekín. Se redactaron los contratos matrimoniales, se intercambiaron regalos. No había vuelto a ver a Chang hasta el día de la boda.

Chou Ma entró en el cuarto.

—Las pisadas se han detenido ante la puerta. Quiquiera que sea estaba escuchando. He mirado por la cerradura y he visto un ojo. Él ha visto mi ojo y se ha ido otra vez.

—¿Por qué dices «él»? ¿Acaso puedes saber por el ojo de la cerradura si el espía es un hombre o una mujer?

—¡Pues claro que puedo, señora! —añadió Chou Ma con firmeza—. Era un ojo negro y descarado.



—Hoy día todos los ojos son descarados, y todos son negros, pues ya no quedan extranjeros entre nosotros.

Pero como no quería discutir, *madame* Liang entró en su dormitorio, poniéndose el camisón de seda blanca que Chou Ma le había preparado. Luego se sentó ante su tocador, y la sirvienta empezó a cepillarle el largo cabello. Aún era negro, pese a que ya tenía cincuenta y cuatro años.

—Este pelo es tan hermoso como en su noche de bodas.

—¿De verdad? —murmuró. Tenía mucho en qué meditar y rara vez escuchaba el parloteo de Chou Ma.

—Aquella noche —continuó ésta, deteniéndose para secarse el ojo derecho con el borde de la manga izquierda—, ¿acaso se puede olvidar? Su señor esperaba ante la puerta. «¡Qué vergüenza! —le dije—. Viene demasiado pronto. ¡Espere hasta que me haya ido!». ¡Quién hubiera pensado que años más tarde, cuando nació la tercera hija, él hubiera...!

—Calla —dijo *madame* Liang.

Chou Ma obedeció. No habló más hasta que terminó de trenzar el pelo de su señora para la noche.

—Tráeme la caja.

La caja era de madera pulida, con fuertes cierres de latón en ambos extremos. Era tan pesada que Chou Ma tuvo que empujarla por el cuarto, alzándola sobre la alfombra blanca y azul, tejida, hacía mucho, en Pekín.

—Ábrela y cuenta el dinero del día.

Chou Ma obedeció bajo la mirada de su ama.

—Trescientos dólares y cincuenta y cinco monedas —anunció.

—Ha sido la fiesta del ministro la que nos ha enriquecido esta noche —declaró *madame* Liang—. Ahora cierra la caja y métela bajo la cama, como siempre. Mañana pasa el dinero a la gran caja de caudales de hierro. Cuando vengán a preguntar cuánto, díles que no sabes nada. Yo les diré

que, debido a la amabilidad del ministro, enviaré una contribución a la Cooperativa Hung-yang.

—Usted siempre tan inteligente, señora.

Chou Ma esperó a que su señora subiera a la alta y antigua cama. Extendió luego las colchas de seda y corrió las cortinas bordadas. *Madame* había traído el lecho de la lejana provincia donde Cheng había sido gobernador. Allí vivieron juntos durante diez años, hasta que nació la tercera criatura, una nueva niña. Al dejar a su marido se dijo: «No le dejaré mi cama de matrimonio para que duerma con otras mujeres».

El lecho había llegado a Shanghai por carretera y barco y, durante años, estuvo en el dormitorio de la primera casa que alquilara como restaurante. Al comprar esta casa americana, amueblada tal y como la dejaron, se trajo la cama consigo. A veces se preguntaba por qué, ya que sólo tenía para ella tristes recuerdos. Aquí, detrás de las mismas cortinas de seda, al cabo de diez años de matrimonio, que siguieron a la felicidad del principio, Cheng y ella habían tenido su disputa definitiva. El quiso aproximarse, aquella noche, y ella le rechazó con tono frío.

—Tú y yo hicimos un pacto: que nuestro matrimonio no sería como el de nuestros padres. Yo te dije que jamás viviría como había vivido mi madre, mientras mi padre tomaba una concubina tras otra.

—No me has dado ningún hijo —murmuró el hombre.

—¿Acaso puedo hacer hijos a voluntad? —exclamó.

Más tarde pudo leer en un libro occidental que es el hombre el que determina el sexo de la criatura, pero en aquellos tiempos nadie sabía esas cosas, y ella sólo había sido otra de aquellas mujeres de las que se quejan sus maridos por no haberles dado hijos. Pero ella, por lo menos, había decidido su propio sino y no había aceptado su acusación, mientras traía otras mujeres a casa. En vez de ello, se había inflamado de cólera.

—¿Ya no me quieres?

—Te quiero —insistió Cheng—, pero atiéndeme, corazón. La mujer que está fuera del muro ha concebido ya de mí. ¿Y si es un varón?

—Te portas como si aún estuvieses en París —le espetó.

—¡Aprendí muchas cosas en París! —rió él.

Antes de la última discusión había habido muchas más, pero aquélla fue la definitiva, porque la otra mujer le dio un hijo y, sintiéndose de pronto muy chino, la trajo oficialmente a casa como a su concubina, para que el niño tuviera su nombre y su sitio en la casa, un sitio más elevado que el de las hijas. ¿Acaso no era el varón? Ella no volvió a reñir más con Cheng, ni siquiera cuando le dejó.

—¿Dejo la luz encendida, ya que hemos oído pasos? — La voz de Chou Ma interrumpió sus recuerdos.

Madame Liang lo pensó un instante.

—Deja la lamparita sobre la repisa de la chimenea.

Nunca usaba los hogares de la casa. Había parrillas de hierro, que habían contenido carbones encendidos en los inviernos en que los forasteros aún estaban allí. Cuando venía a cenar con los americanos, como lo había hecho con frecuencia, admiraba las brasas que calentaban las estancias; una costumbre encantadora, pero ¿quién podía comprar carbón en estos tiempos? Y aunque hubiese habido carbón, no habría sido prudente comprarlo. Había que ocultar el lujo. Y sin embargo, no podía vivir sin él. Cuando bajaba al restaurante se ponía sobre la túnica de raso un vestido de algodón, sencillo pero elegante. Decía que su edad le impedía llevar el severo uniforme de guerrera y pantalones que usaban todas las mujeres jóvenes. Lo cierto era que no podría pasarse sin belleza. Había crecido y se había educado en medio de la belleza, ya que su padre había sido un ciudadano rico. ¡Ah, no debía pensar en su padre! Había muerto... no, no quería pensar en ello. Mejor recordarle como era cuando ella era jovencita, inquieta y deseosa de liberarse de las antiguas formas. Él se había sentido sorprendido.

—¿Qué te he hecho, hija mía? —le preguntó con tristeza—. ¿Te vendé los pies cuando eras niña? ¿Insistí en que te casaras con el hijo de mi viejo amigo, al que te prometieron en cuanto naciste? ¿Te he prohibido aprender a leer, aunque sea inútil para una mujer? ¿No te he dicho que no tienes por qué casarte con el que te elegí cuando eras una criatura? ¿Y ahora qué..., ahora qué?

—Déjame ir a París —le había insistido.

Y entonces la dejaron ir a París, ciudad de la belleza, donde conoció a Cheng y a Chao Chung, ahora ministro, y a todos aquellos jóvenes de ambos sexos, ardientes con el fuego de la revolución. Años después, al olvidarse la belleza, cuando ésta se perdió entre los fracasos y desilusiones de la revolución, Cheng había escapado para ser gobernador de una distante provincia, y ella con él. No obstante, en la huida, había vuelto a encontrar la belleza, la hermosura de paisajes brumosos, de jardines en viejas ciudades amuralladas y en los patios de vastas y antiguas mansiones.

Pero una vez más, ahora, la belleza se había perdido. La guerra con Japón y la conquista del país por nuevas y extrañas doctrinas habían dado como resultado esta completa pérdida de la hermosura... ¡Ay, ésta era la destrucción del alma! Conocía todos los argumentos en boga, en contra de la belleza..., gentes mejor alimentadas, corrupción eliminada, puentes construidos, inundaciones controladas, incluso habían desaparecido moscas y ratas..., pero la belleza estaba muerta. Ella atesoraba sus restos: joyas, vestidos, su casa, la música. Abajo había una enorme sala que sólo se utilizaba para grupos privados y fiestas encargadas por los pocos personajes importantes en la cúspide de la estructura gubernamental, cenas para las que su cocinero preparaba delicados manjares olvidados, comidas de sibaritas, que esta generación había olvidado que existían, pero que, al descubrirlas, les encantaban en secreto.

En aquel salón había un piano de cola, un Steinway americano, que dejó la familia Brandon el día que se mar-

chó rápida y secretamente. Por este piano, como por todo cuanto habían dejado, *madame* Liang les había pagado con una cuenta oculta en un banco de Nueva York. Hacía años, desde que dejara a su esposo y montara su propio negocio, había ido poniendo sus beneficios en dicho banco. El dinero sólo estaba seguro en América y Suiza, y ella eligió América, pues allí deseaba enviar a sus tres hijas, como lo había hecho. Se alegraba de haberlo hecho cuando pudo, pues en la actualidad hubiera sido imposible. Allí, sus hijas habían estado a salvo de la guerra, la revolución y los problemas del pueblo. Y allí estaban aún, seguras. Aquí, ella permanecía sola.

Daba vueltas inquieta, en el gran lecho. Los cobertores acolchados de plumón eran livianos, las sábanas de blanca seda, pero no tenía sueño. La luz de la luna brillaba contra la ventana, tras las cortinas, pues había luna llena. Recordó cómo el mismo astro brillaba en el cielo sobre los jardines de la casa de su infancia. En noches así su padre convocaba a la familia en el patio, donde los lotos florecían en los estanques. Allí se sentaban todos, comiendo golosinas y oyendo la música de la cítara y el laúd. Siempre había músicos entre los servidores. Su padre, encantado con la música, toleraba la pereza, incluso la desobediencia, si había música. Años más tarde, cuando vio un piano por vez primera, cuando escuchó su lírica voz, quedó traspuesto de deleite.

—¿Por qué no me había hablado nadie de este instrumento? —preguntó.

Había ocurrido cuando viajaban en un vapor de río, propiedad de la firma británica Jardine Matheson, pues aquel año a su padre se le había ocurrido ir a Kiukiang, para ascender en silla de manos las empinadas laderas de los Montes Lu, no lejos de la ciudad. Al subir a bordo hubo ciertos retrasos e inconvenientes, pues al parecer no se per-

mitía a los viajeros chinos tomar camarotes de primera. Pero, por ser su padre un hombre poco común, se hizo una excepción, concediéndoseles seis cabinas, separadas de los europeos; seis, porque su padre no viajaba sin sus concubinas favoritas y sin ella, su única hija. La madre, la esposa, no quiso salir de casa.

—Los aires y aguas de sitios extraños me sientan mal —decía siempre.

Pero *madame* Liang sabía, desde niña, que su madre tenía el corazón destrozado por culpa de las concubinas. Sólo cuando una esposa no amaba a su marido, su corazón no padecía si él traía concubinas a casa.

Su madre había sido una exquisita mujercita de Soochow, de huesos finos, como todas las de allí, con un rostro tan lindo y delicado como el de un niño, y el pelo negro hasta el día que murió, de cólera, a los sesenta años. Pese a su pequeñez y aire tranquilo, tenía la mente de un hombre, y en la ancestral mansión era ella quien mandaba, aunque con suma gentileza.

Así pues, en el barco británico había un piano, y su padre, tras examinar sus maravillas, la red de cuerdas bajo la pesada tapa, los martillos cubiertos de fieltros, el tablero resonante, declaró que en cuanto volvieran a Shanghai, único sitio donde podían adquirirse tales instrumentos, tendría uno. Y allí fueron antes del siguiente solsticio de invierno. *Madame* Liang, que tenía entonces quince años, fue con su padre a la tienda inglesa, pues era la única que hablaba inglés.

Ya en la tienda, se dirigió a un inglés alto que se les acercó, con aire lánguido, a preguntar qué deseaban.

—Mi padre gusta piano, por favor, señor o señora, según sea el caso.

—Por aquí —respondió el hombre, atónito, pero sin sonreír, y les condujo a una gran habitación llena de pianos.

El padre se sentó, escuchando con gravedad un piano tras otro, mientras el joven tocaba una tonada en cada uno.

Al cabo de varias horas se decidió por un piano color de ébano.

—Le felicito, señor —dijo el inglés—. Ha elegido nuestro mejor instrumento.

El precio era elevado, pero en aquellos días el dinero abundaba y el mayordomo que viajaba a todas partes con su padre, pagó el piano con rollos de dólares de plata mexicanos, envueltos en papel de embalar. Era la moneda de la época. ¿Por qué mexicana? Ella nunca lo había sabido. Ahora, claro está, el dinero era chino..., o quizá sólo comunista. Ella acumulaba oro, sin confiar en los nuevos tiempos. Sus mayordomos tenían orden de traerle en secreto oro: joyas de oro de damas ricas otrora, pequeñas imágenes de oro de templos antiguos y objetos de oro de los anticuarios. Guardaba aquel tesoro en un cofre secreto, empotrado en la pared de su dormitorio. El cofre parecía un sitio para guardar cosméticos y perfumes, pero tras las chucherías y bajo la parte inferior, había un hoyo secreto medio lleno de oro. Su pensamiento la consoló y, al fin, pudo dormirse.

—¡Señora, señora! —llamaba Chou Ma.

Ya era de día. *Madame Liang* dormía profundamente, sus hermosas manos cruzadas sobre el pecho. Chou Ma se las acarició dulcemente.

—Despierte, señora —murmuró—. Llamo a su alma para que regrese a su cuerpo. ¡Ven a casa, Alma! Dondequiera que vagues mientras ella duerme, ¡regresa!

Poco a poco el alma de *madame Liang* volvió, y al irse despertando, vio sobre ella el rostro ansioso de Chou Ma.

—¿Es ya de día?

—Ay, señora, es mediodía. El de arriba la espera en la Sala del Loto..., el ministro Chao Chung. Está impaciente.

*Madame Liang* se preparó para levantarse. Conocía los peligros de un súbito esfuerzo en el corazón, los huesos, la